

Entrevista

Historia e historiografía sobre los pueblos indígenas: Entrevista con Raúl J. Mandrini

History and historiography on indigenous peoples: Interview with Raúl J. Mandrini

Maria Cristina Bohn Martins¹

mcris@unisinos.br

Actualmente investigador del *Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti* de la Universidad de Buenos Aires (UBA), Raúl J. Mandrini fue, hasta el año de 2009, profesor titular e investigador del *Instituto de Estudios Histórico-Sociales* de la Universidad Nacional del Centro de La Provincia de Buenos Aires (UNICEN), ocupando la cátedra de Historia Americana Prehispánica. El autor se dedica de forma especial al estudio de la historia de los pueblos originarios de la región pampeana y, sobre este tema, ha producido un amplio conjunto de trabajos.

Además de numerosos artículos en libros y revistas, escribió *Volver al país de los araucanos* (Mandrini y Orтели, 1992), *Los indígenas de la Argentina. La visión del otro* (2004) y *La Argentina aborígen. De los primeros pobladores a 1910* (2008). Como compilador y editor, publicó *Huellas en la tierra. Indios, agricultores y hacendados en la pampa bonaerense* (Mandrini y Reguera, 1993), *Las fronteras hispanocriollas del mundo indígena latinoamericano en los siglos XVIII y XIX. Un estudio comparativo* (Mandrini y Paz, 2003), *Vivir entre dos mundos. Las fronteras del sur de la Argentina. Siglos XVIII-XIX* (2006) y *Sociedades en movimiento. Los pueblos indígenas de América Latina en el siglo XIX* (Mandrini et al., 2007).

Después de una charla en Niterói, Rio de Janeiro, en el *XI Encontro da Associação Nacional de Pesquisadores e Professores de História das Américas* (ANPHLAC), el profesor Mandrini gentilmente aceptó una invitación para que realizáramos, por escrito, esta entrevista.

Maria Cristina Bohn Martins (MCM): Profesor, para comenzar me gustaría que nos hablase un poco de su carrera académica y profesional, esto es, dónde estudió, cuáles fueron las influencias más importantes que recibió, como definió sus temas preferidos de investigación...

Raúl J. Mandrini (RM): Me gradué como Profesor en Historia en la Universidad de Buenos Aires, en la que comencé, hacia 1965, mi formación docente y en investigación trabajando en el área de Historia Antigua Oriental como Ayu-

¹ Profesora del Programa de Pós Graduação em História de la Universidade do Vale do Rio dos Sinos.

dante de Trabajos Prácticos y Auxiliar de Investigaciones. Continué luego en la Universidad Nacional de Salta hasta 1974, año en que fui cesanteado por razones políticas y me mantuve alejado de la vida académica formal hasta 1984 cuando, con el retorno a la democracia, me reintegré como Profesor titular en la Universidad Nacional del Centro, en la ciudad de Tandil. Para entonces, y sin abandonar mi interés por la historia antigua y la América prehispánica, había comenzado a ocuparme de la historia de los pueblos originarios, en particular de las poblaciones pampeanas tras el contacto con los europeos y hasta la ocupación militar de sus tierras, a fines del siglo XIX.

Ese cambio no fue casual. Los intensos debates teóricos que durante las décadas de 1960 y 1970 conmoveron el campo historiográfico, nos afectaron a todos. En el estudio de las sociedades antiguas, el cuestionamiento a los antiguos esquemas marxistas en su versión de rígido de corte estalinista, y la discusión en torno al llamado por Marx “modo de producción asiático”, ignorado por esa tradición, nos llevó a estudiar otros casos de sociedades antiguas, como aquéllas del lejano oriente, África y América prehispánica. En estos campos, los antropólogos nos llevaban bastante ventaja, pues en su disciplina, a diferencia de la historia, los grandes estudios comparativos eran aceptados y tenían una vieja tradición. En ese contexto, creció mi interés por las sociedades aborígenes americanas. Más tarde, a principios de la década de 1980, algunas publicaciones despertaron mi interés por las poblaciones pampeanas, sobre las cuales poco y nada (más nada que poco) sabíamos los historiadores, y no mucho más los antropólogos, muy atados todavía en su mayoría a los perimidos esquemas del ultra difusionismo de la Escuela Histórico-Cultural, o de Viena. Me encontré con un mundo cuya riqueza y complejidad no se había casi atisbado.

En este itinerario hubo, como ocurre siempre, influencias que marcaron mi trayectoria. En los comienzos mismos de nuestra carrera, José Luis Romero trastocó toda la visión de la historia que yo, al igual que mis compañeros, traíamos de la escuela media, introduciéndonos en corrientes historiográficas entonces en boga en Europa, como la Escuela de los Anales en Francia y las tendencias más nuevas de orientación marxista en Inglaterra e Italia, abriéndonos el campo de la “historia social”, en el sentido en que la definió Eric Hobsbawm, a la que muchos adherimos y en la que me sigo reconociendo. Al mismo tiempo, con Abraham Rosenvasser, nuestro profesor de Historia Antigua Oriental, me inicié en el trabajo concreto del historiador, en el arte de historiar. La tercera influencia, más tardía, durante los años de alejamiento de la Universidad, vino de Alberto Rex González, sin duda la figura más importante de la arqueología argentina, y fue decisiva

en mi vuelco a la historia prehispánica y para avanzar en el conocimiento de las corrientes más relevantes de la teoría antropológica.

MCM: Creo que se podría decir, sin generar gran molestia, que pocos historiadores tomarían hoy el riesgo de afirmar, como se ha hecho hasta hace poco, que los colectivos indígenas son “sociedades frías” o “pueblos sin historia”. Sin embargo, en un artículo del año 2007, “La historiografía argentina, los pueblos originarios y la incomodidad de los historiadores”, usted analizó lo que llamó “incomodidad de los historiadores” frente al estudio de las sociedades indígenas. Por otra parte, dice en este texto, que no sólo el estudio de la historia de las sociedades indígenas no atrae a los profesionales en nuestra área, sino que algunos, al dedicarse al tema, adoptan la “ambigua etiqueta de ‘etnohistoriadores’”. Me gustaría que nos explique en qué consiste este “malestar de los historiadores”, y cuáles son sus críticas a la etnohistoria.

RM: Sin duda, ningún historiador medianamente serio afirmaría hoy tal cosa, al menos en forma explícita. Sin embargo, afirmaciones de ese tipo, aunque a veces bajo formas menos violentas, aparecen bastante a menudo entre historiadores no profesionales, generalmente ensayistas diletantes muy desactualizados en sus conocimientos, pero que suelen tener bastante “prensa” en medios de comunicación masiva. Esos autollamados historiadores son al mismo tiempo, al menos muchos de ellos, quienes defienden las posturas más retrógradas sobre el tema, marcadas por un “nacionalismo” vulgar. Buen ejemplo es el caso de un periodista que, en una serie de artículos, se pone a opinar sobre estos temas en base a una bibliografía perimida hace mucho tiempo y a algunas fuentes tomadas sin el menor criterio. No merecería siquiera que se lo nombrase si no fuera porque su nombre es muy conocido, Rolando Hanglin, y publica regularmente sus notas en un periódico tradicional y conservador, muy conocido y prestigioso de la Argentina, *La Nación*. En esas notas llaman la atención tanto la virulencia con que su autor arremete contra la población mapuche como su profunda ignorancia, digna de mencionar. Véase, por ejemplo, “¿Quiénes son los mapuches?” del 16 de septiembre de 2014 (<http://www.lanacion.com.ar/1727466-historia-mapuche>), donde niega su preexistencia a la nación, que la reforma constitucional de 1994 reconoció expresamente, y por consiguiente sus derechos.

Pero también entre los historiadores reconocidos como profesionales, incluidos muchos de excelente nivel, se tiende en general a evitar el tema. Sin duda, muchos repudian a Hanglin tanto como yo, pero a la hora de historiar evitan, aun sin proponérselo, las cuestiones vinculadas a temas indígenas. Llaman la atención que un historiador de la talla de Tulio Halperín Donghi siquiera mencione, en algunos

viejos artículos sobre la frontera sur de Buenos Aires en la década de 1820, excelentes en muchos aspectos, la existencia de población aborigen en ese espacio. En cierto modo, estos historiadores siguen la tradición positivista al atomizar el campo del conocimiento. Conscientes o no, piensan la historia como una construcción a partir de los documentos escritos, y se sienten incómodos con la posibilidad de hacerla a partir de otros testimonios, con salir de los documentos escritos o de categorías y conceptos que no tengan tradición en el campo historiográfico. Entonces, consideran que esos temas y problemas corresponden a otras disciplinas, como aquéllas que forman el campo más amplio de la antropología (arqueología y etnología, por ejemplo). Algunas historias nacionales relativamente recientes, por ejemplo, incluyen capítulos sobre indígenas, pero los mismos fueron preparados por antropólogos, específicamente arqueólogos.

El caso de la llamada “etnohistoria” es bastante particular. Tal nombre fue, y lo es aún, usado como una especie de ambiguo paraguas bajo el que se protegieron antropólogos y arqueólogos, así como algunos historiadores, intentando escapar a los límites de sus propias disciplinas. De ese modo, en lugar de cuestionar las ideas dominantes en sus campos optaron por el trámite más sencillo de crear sus propios “campitos”. Quizá por eso, no hay siquiera una definición mínima acordada entre quienes se reconocen como etnohistoriadores. La situación cambia también según los países: el campo puede estar más o menos acotado, se la puede considerar una disciplina autónoma, sólo una rama de la historia o la antropología, o bien una técnica, enfoque o método de investigación. En la Argentina, los trabajos realizados bajo este rótulo resultan en general –hay notorias excepciones, por supuesto– híbridos entre la historia y la antropología, hechos por historiadores que saben muy poco de antropología o por antropólogos que saben aún menos de historia.

MCM: En el mismo artículo de 2007, se definía como escasa la participación de los historiadores en los debates sobre la situación de los pueblos originarios en su país y recordaba que (paradójicamente) defensores y críticos de los derechos de estos grupos apelaban a menudo la historia como una fuente de legitimación de sus posiciones. ¿Es posible observar actualmente cambios en este escenario? ¿Se observa un acercamiento de los historiadores argentinos a la arena de estas discusiones y de las demandas de los pueblos indígenas?

RM: Sin duda, la situación ha cambiado y no son pocos los historiadores, en su mayoría jóvenes, que han comenzado a comprometerse con el tema. Yo quiero hacer una aclaración pertinente. En mi artículo no me refería tanto al compromiso individual que, como ciudadanos, y motivados por razones políticas y/o sociales, asumieron

y asumen muchos historiadores con las demandas de los movimientos indígenas. La cuestión apuntaba más a su compromiso como historiadores y a los aportes específicos que, en tanto historiadores, podían brindar. Hubo, y conocí de cerca algunos casos, jóvenes que orientaron sus investigaciones a cuestiones vinculadas con el pasado indígena al mismo tiempo que contribuían, desde su trabajo de archivo, a brindar a las comunidades documentación histórica para respaldar sus demandas.

En este aspecto, los historiadores podemos sin duda contribuir. No olvidemos, por ejemplo, el compromiso de un importante núcleo de historiadores estadounidenses en Chicago, hace unas décadas, para aportar documentos e información para sostener las demandas que las distintas comunidades presentaban ante el gobierno estadounidense, particularmente los textos originales de antiguos tratados firmados por ese mismo gobierno. Además, recuperar la historia de los pueblos originarios y reintegrarlos como actores históricos tiene en estos momentos particular importancia, teniendo en cuenta, como ya mencioné, el peso con que cierta prensa niega, como vimos, esa historia y ese pasado.

MCM: En Brasil, la “historia indígena” es bastante reciente, incluso más reciente, creo, que en su país o en otros países de América Latina. El primer trabajo importante en este campo fue la *História dos Índios do Brasil* (Cunha, 1992). ¿Cuándo y cómo se inició en Argentina, el estudio académico de la historia de los pueblos indígenas? ¿Hay un notable trabajo en esta dirección? ¿Un trabajo que puede considerarse como definiendo una nueva tradición historiográfica en este campo?

RM: Cuando inicié mis investigaciones en este tema no había para el área pampeano-patagónica trabajos historiográficos de relevancia. De hecho, mis trabajos fueron los primeros encarados con un enfoque histórico y escritos por un historiador argentino (Mandrini, 1984a, 1984b, 1985, 1986). Hay sin embargo un trabajo que nos marcó un camino importante, un artículo relativamente breve publicado por Alberto Rex González (1979), que no era historiador sino arqueólogo, que rompió totalmente los esquemas anteriores. Fue este trabajo el que me introdujo en el tema. Otros trabajos paralelos a los míos fueron los de Miguel Ángel Palermo (1986), antropólogo; y los de Martha Bechis (1984), graduada en filosofía y doctorada luego en Puerto Rico en antropología. A ellos habría que agregar algunos trabajos breves de Kristine Jones, una historiadora norteamericana, cuya tesis doctoral (1984) no fue nunca publicada. Esto era todo lo que había hasta mediados de la década de 1980. Luego se fueron agregando otros investigadores, principalmente jóvenes que empezaron a interesarse en estas cuestiones.

MCM: También en 1992, celebró en un artículo llamado “Indios y fronteras en el área de las pampas (siglo XVI-XIX). Balance y perspectivas” que se hubieran comenzado a superar los límites hasta entonces imperantes entre los campos de la antropología, la arqueología y la historia. A partir de esto, la posibilidad de elaborar trabajos conjuntos abría posibilidades que podrían significar un avance en nuestro conocimiento de las sociedades nativas americanas. Después de 22 años, ¿cree usted que esta posibilidad ha dado frutos? Usted puede citar algunas investigaciones que hayan encarado este ejercicio de interdisciplinariedad y sus resultados concretos.

RM: En la práctica, los avances iniciales fueron prometedores. Sin embargo, como señalé en un trabajo posterior, no debemos engañarnos. Más allá de la interdisciplinariedad aceptada – en muchos casos sólo declamada – son en realidad muy pocos los proyectos conjuntos encarados por historiadores y arqueólogos. Los historiadores rara vez recurren en sus trabajos a la información arqueológica para integrarla a sus investigaciones, y los arqueólogos, a su vez, suelen ignorar los avances de la historiografía. En otros casos, algunos arqueólogos se han puesto a “hacer historia”, generalmente con resultados bastante decepcionantes. Sin embargo, cuando los arqueólogos comienzan a leer la documentación escrita con ojos de arqueólogo los resultados suelen abrirnos a los historiadores campos impensado (Mandrini, 2003).

Creo que en este aspecto el camino futuro deberá pasar por la elaboración de proyectos conjuntos de largo alcance, siguiendo, en ese sentido, los trabajos iniciales. El ejemplo del cementerio de Caepe Malal, en el norte de la provincia de Neuquén, es sin duda un modelo a seguir y ampliar, donde Adán Hajduk y Ana Biset, desde la arqueología, y Gladys Varela, como historiadora, hicieron aportes fundamentales para el conocimiento de las poblaciones locales durante la segunda mitad del siglo XVIII (Varela y Biset, 1987; Biset y Varela, 1990, 1991).

Un segundo ejemplo de las posibilidades puede tomarse de los progresos realizados en el conocimiento de las sociedades de las llanuras del sur bonaerense en el siglo XVIII que me involucró directamente. En una ponencia presentada en 1986, publicada luego con algunas modificaciones, caractericé, con base en la documentación escrita, el proceso de formación en la región de un importante núcleo de economía pastoril (Mandrini, 1988, 1991; Mandrini y Reguera, 1993). A partir de esa primera formulación, y uniendo el análisis de las fuentes con su experiencia de campo, Diana Mazzanti estableció para el extremo oriental de las serranías de Tandilia –la llamada Sierra del Volcán– a mediados del siglo XVIII, el

uso por parte de los indígenas de técnicas destinadas a la concentración, custodia y engorde de los ganados (uso de potreros en mesetas y valles interserranos; construcciones de piedra destinadas a hacer esos sitios más seguros y fáciles de vigilar). Tales potreros y construcciones se encontraban cercanos a la ruta indígena que conectaba a esos territorios con la Sierra de la Ventana y el río Colorado, llegando por el norte, quizá, hasta las cercanías del Salado (Mazzanti, 1988).

Muy poco después, Patricia Madrid relevó y clasificó un conjunto de estructuras de piedra en la región de Sierra de la Ventana –sierra de Pillahuincó–, que comprenden, esencialmente, recintos de diferentes tamaños, formas y técnicas constructivas así como piedras paradas. Los recintos pertenecen a distintas épocas y debieron tener diferente funcionalidad, pero algunos parecen claramente obra de los indígenas y haber cumplido la función de corrales. Un sondeo en uno de ellos (CP.LRA.19) proporcionó restos faunísticos interesantes: la presencia de oveja (junto a guanaco) desde el nivel inferior demuestra su uso post hispánico; pero el tipo de construcción no responde a la técnica empleada por los posteriores colonizadores blancos de la región (Madrid, 1991).

Frente a estos hallazgos cobraron especial relieve y significación las estructuras de piedra que se distribuyen en la región central de la Sierra de Tandilia, los llamados “corrales de Tandil”, conocidos desde hace mucho y que tanto dieron que hablar a historiadores locales (Viñas De Tejo *et al.*, 1997). Gladis Ceresole y Leonor Slavsky comenzaron su estudio, con la localización, relevamiento y clasificación de tales estructuras. Aunque el trabajo se interrumpió por el fallecimiento de Gladis, las autoras se inclinaron, en un artículo preliminar, a considerar como hipótesis de trabajo la idea de que tales corrales “sirvieron como infraestructura de apoyo para las grandes recogidas de ganado en pie para ser llevado a Chile” y de que formaron parte de un sistema mucho más extenso (Slavsky y Ceresole, 1988)².

Sin embargo, en la mayoría de los casos, esa colaboración no pasa de una expresión de deseos. En la práctica ignoran los avances y la producción de los arqueólogos, y lo mismo ocurre con los arqueólogos, quienes –hay como siempre notables excepciones– se limitan a un uso muy tradicional, a menudo ingenuo, de la documentación escrita.

MCM: En un ensayo llamado “El futuro de la cuestión indígena”, la antropóloga Manoela Carneiro da Cunha (2001), a quien mencioné anteriormente, defendió la necesidad de “un nuevo pacto con las poblaciones indígenas” y señaló la “sociodiversidad” como “condición de

² Sobre investigaciones más recientes ver la tesis doctoral inédita de Pedrotta (2005). Aunque arqueóloga, Pedrotta trabaja junto a una historiadora, Sol Lanteri.

supervivencia” para el mundo. La sociodiversidad sería un capital invaluable para el mundo contemporáneo, inclusive como fuente de conocimiento a partir de los llamados “saberes indígenas”. ¿Crees que sea posible un diálogo entre el saber occidental y esos “saberes indígenas”?

RM: Creo que el diálogo, en todos los niveles, no sólo es posible sino necesario. Pero, para que el diálogo sea positivo –y no sólo un diálogo de sordos– hay ciertas condiciones para ambas partes: reconocer al otro como un “par” o un “igual”, estar dispuesto a escucharlo, aceptar la posibilidad de que ese otro tenga razón, ser un permanente crítico de las propias ideas. Sin duda esto no es fácil cuando median siglos de conflictos, de explotación, expoliación y discriminación. Un nuevo pacto como requiere Carneiro da Cunha requiere justamente esos requisitos y no es, como plantean algunos, un problema de tolerancia sino una cuestión de aceptación del otro tal y como es, pues se tolera lo que no se puede cambiar o eliminar.

En un nuevo pacto basado en esas condiciones, no hay ámbitos de la sociedad y de la cultura que queden fuera “a priori”. El tema de los saberes no es un tema menor y es un campo en que ambos mundos podrían beneficiarse. Pero, por supuesto, esto requiere de quienes participen una mente abierta y desprovista de prejuicios. Este es, creo, el mayor problema, pues el cambio de las ideas y de las visiones del mundo es muy lento y difícil, particularmente cuando ese cambio involucra al conjunto de una sociedad.

MCM: En Brasil es evidente el incremento de la población indígena, que pasó de 250 mil personas en el censo de 1993, a 897 mil en el de 2010 (+ 258%)³. ¿Cómo está la situación de las sociedades indígenas en la Argentina en este campo?

RM: En Argentina no hay datos cuantitativos para comparar ya que la población aborigen recién aparece discriminada en el último censo nacional realizado en el año 2011. Este censo reconoce una población aborigen de poco más de 950 mil personas que representan aproximadamente un 2,4 % del total de la población (Argentina, 2012). Sin embargo, es necesario hacer algunas observaciones, pues los censos son en muchos aspectos engañosos y las categorías clasificatorias usadas conllevan siempre una carga ideológica. Si nos atenemos a los datos formales, resultaría que en la Argentina no habría población indígena u originaria antes del 2011, lo cual es un absurdo. En realidad, es la clasificación censal la que “invisibiliza” a la población de ese origen. Pero además, los datos del censo de 2011 no nos dan la cantidad de población “aborigen u originaria”, sino el número de personas que se reconocen como tales, es decir, un criterio subjetivo. El mismo censo

reconoce, en una nota al pie del cuadro correspondiente, que considera población indígena “[...] a las personas que se auto reconocen como descendientes (porque tienen algún antepasado), o pertenecientes a algún pueblo indígena u originario (porque se declaran como tales).”

Aquí comienzan a intervenir factores que tienen que ver con las persecuciones y la situación de marginalidad que ha vivido la población originaria luego de su incorporación al estado nacional. Así, si por un lado ese estado los “invisibiliza”, buena parte de esa población se “autoinvisibiliza” como forma de protección. Recién en las últimas tres décadas, esa población originaria se hizo visible por sus reclamos y demandas y hubo logros importantes, hasta el punto que muchos grupos que, hasta hace unos años, negaban sus orígenes comienzan a proclamar su condición de originarios, a veces motivados por las ventajas logradas. En suma, los datos censales dan visibilidad a la población originaria, una visibilidad ya lograda socialmente, pero resulta imposible saber en qué medida esos datos cuantitativos representan a la totalidad de la población que descienden de pueblos originarios. No olvidemos, por otra parte, que esos pueblos sufrieron a lo largo de más de un siglo intensos cambios y profundos procesos de mestizaje que influyeron en la definición de sus identidades, es decir, el modo en que una comunidad se reconoce, o es reconocida por otros, las que se encuentran en permanente reelaboración.

No conozco la forma en que se han elaborado los censos en Brasil, pero intuyo que mucho de esto también ha ocurrido, pues el número de población indígena, un poco menos que en Argentina para 2010, me parece muy bajo si tenemos en cuenta la población total del país.

MCM: La historiografía contemporánea se ha esforzado para sostener que los pueblos colonizados (o esclavizados, como en el caso de afroamericanos), aunque vivían en situaciones de dominación, no dejaban de ser sujetos de su historia de tener “agencia”, es decir, protagonismo. Esta postura no deja de recibir fuertes críticas y hay en Brasil quienes califican a estos profesionales como “historiadores soft”. ¿Cómo se posiciona en este debate?

RM: No conozco los fundamentos de tales posiciones en Brasil, pero como historiador no puedo negar a ningún grupo humano su carácter de sujeto de la historia, su capacidad de acción, de resistencia y de elaborar estrategias frente a las condiciones históricas en que le toca vivir. De ese modo, si los pueblos originarios pudieron sobrevivir frente a las condiciones creadas por su sometimiento y por la anexión violenta de sus tierras al estado nacional fue, justamente, por su capacidad de desarrollar estrategias es-

³ Según este Censo, habría en Brasil 305 etnias indígenas que hablan 274 lenguas.

pecíficas, a veces fallidas pero, en otras ocasiones, exitosas. No veo que restituir a los pueblos sometidos o dominados al campo de la historia, del que muchas veces se intentó borrarlos, tenga nada de “soft”. Es, simplemente, un caso de justicia. Es cierto que sólo eso no resuelve la situación de las poblaciones sometidas. Pero esta es una cuestión política que no podemos resolver los historiadores sino los propios pueblos sometidos. Los historiadores, o en general quienes no somos descendientes de pueblos originarios, podemos acompañarlos, pero no asumir el papel que les corresponde: eso sería sólo paternalismo.

MCM: ¿Cuál es la investigación de que se ocupa en estos momentos? Y ¿qué espera para nuestro campo de estudio en un futuro próximo? Es decir, ¿cuál sería el gran avance en el conocimiento de la historia de los pueblos indígenas americanos que está por hacerse?

RM: Desde hace unos años, a partir de mi jubilación, mi mayor preocupación es lograr que los avances logrados en el campo académico en estos temas lleguen a un número mayor de gente, esto es, lo que comúnmente se llama difusión. Es muy frecuente que las políticas de investigación y las exigencias institucionales lleven a los investigadores a encerrarse en su propio campo, a escribir y publicar para sus colegas en revistas especializadas a las que es difícil acceder, produciéndose así un divorcio entre lo que se investiga y lo que se proyecta a la sociedad. Además, el lenguaje académico, cada vez más oscuro y a veces incomprensible para la persona no iniciada en la disciplina, los tecnicismos y la erudición excesiva contribuyen a ese divorcio. De ese modo, la tarea de difusión queda muchas veces en manos de personas no preparadas o formadas para hacerlo.

Con estas ideas en la cabeza, invertí buena parte de mi tiempo en elaborar dos manuales sobre el mundo aborígen, uno sobre Argentina y el otro sobre América (Mandrini, 2008), y me encuentro ahora revisando lo hecho en mi área de investigación –la pampeano-patagónica– en las últimas tres décadas, empezando por mis propios trabajos, a fin de elaborar una síntesis de la historia de las poblaciones originarias de esas regiones después de la llegada de los invasores europeos en el siglo XVI. No es una tarea fácil, pero si lo logro habré cerrado mis investigaciones de tres décadas.

Referencias

118

ARGENTINA. 2012. Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC). Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2010. Buenos Aires. (Cuadro P44, Total país. Población indígena o descendiente de pueblos indígenas u originarios). Disponible in: http://www.censo2010.indec.gov.ar/index_cuadros_2.asp Acceso en: 10/2014.

- BECHIS R., M.A. 1984. *Interethnic relations during the period of Nation-State formation in Chile and Argentina: from Sovereign to Ethnic*. Ann Arbor, University Microfilms International, 633 p.
- BISET, A.M.; VARELA, G. 1990. Modelos de asentamiento y ocupación del espacio de la sociedad pehuenche del siglo XVIII: la cuenca del Curí Leuvú – Provincia del Neuquén. *Revista de Historia*, 1:17-25.
- BISET, A.M.; VARELA, G. 1991. El sitio arqueológico de Caepe Malal: Una contribución para el conocimiento de las sociedades indígenas del noroeste neuquino. *Cuadernos de Investigación: Arqueología y Etnohistoria de la Patagonia Septentrional*, Tandil, IEHS/UNCPBA, p. 18-35.
- CUNHA, M.C. da. (org). 1992. *História dos índios no Brasil*. São Paulo, FAPESP/Cia das Letras/Secretaria Municipal de Cultura, 611 p.
- CUNHA, M.C. da. 2001. El futuro de la cuestión indígena. In: M.L. PORTILLA (coord.), *Motivos de la Antropología Americanista*. México, Fondo de Cultura Económica.
- GONZALEZ, A.R. 1979. Las exequias de Painé Güor: El suttée entre los araucanos de la llanura. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, XIII:137-161.
- JONES, K. 1984. *Conflict and adaptation in the Argentine Pampas, 1750-1880*. Chicago, USA. PhD dissertation. University of Chicago.
- MADRID, P. 1991. Infraestructura indígena para el mantenimiento y traslado de ganado introducido: el caso del sistema serrano de Pihahuincó, provincia de Buenos Aires. *Boletín del Centro*, 3:65-71.
- MANDRINI, R.J. 1984a. *Los araucanos de las pampas en el siglo XIX (selección y prólogo)*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 86 p.
- MANDRINI, R.J. 1984b. La base económica de los cacicatos araucanos del actual territorio argentino (siglo XIX). In: *Jornadas de Historia Económica, VI, Vaquerías, Córdoba, 1984. Anais...* Vaquerías, Córdoba. (Ponencia).
- MANDRINI, R.J. 1985. La sociedad indígena de las pampas en el siglo XIX. In: M. LISCHETTI (comp.), *Antropología*. Buenos Aires, EUDEBA, p. 205-230.
- MANDRINI, R.J. 1986. La agricultura indígena en la región pampeana y sus adyacencias (siglos XVIII-XIX). *Anuario del IEHS 1*. 1986, p. 11-43.
- MANDRINI, R.J. 1988. Desarrollo de una sociedad indígena pastoril en el área interserrana bonaerense. *Anuario del IEHS 2*. 1987, p. 71-98.
- MANDRINI, R.J. 1991. La economía indígena pampeana (siglos XVIII-XIX): procesos de especialización regional: El caso del suroeste bonaerense. *Boletín Americanista*, 41:113-116.
- MANDRINI, R.J. 1992. Indios y fronteras en el área de las pampas (siglo XVI-XIX). Balance y perspectivas. *Anuario del IEHS, VII*. 1992, p. 59-92.
- MANDRINI, R.J. 2003. Hacer historia indígena: El desafío a los historiadores. In: R.J. MANDRINI; C.D. PAZ (eds.), *Las fronteras hispanocriollas del mundo indígena latinoamericano en los siglos XVIII-XIX: Un estudio comparativo*. Tandil, CEHIR/IEHS/UNS, p. 18-19.
- MANDRINI, R.J. (comp.). 2004. *Los indígenas de la Argentina. La visión del "otro". Selección de documentos del periodo colonial*. Buenos Aires, EUDEBA, 198 p.
- MANDRINI, R.J. (ed). 2006. *Vivir entre dos mundos: conflicto y convivencia en las fronteras del sur de la Argentina. Siglos XVIII y XIX*. Buenos Aires, Taurus, 382 p.
- MANDRINI, R.J. 2007. La historiografía argentina, los pueblos origina-

- rios y la incomodidad de los historiadores. *Quinto Sol*, **11**:19-38.
- MANDRINI, R.J. 2008. *La Argentina aborigen: De los primeros pobladores a 1910*. Buenos Aires, Siglo XXI, 288 p.
- MANDRINI, R.J.; OHMSTEDE, E.; ORTELLI, S. (eds.). 2007. *Sociedades en movimiento. Los pueblos indígenas de América Latina en el siglo XIX*. Tandil, IEHS, 302 p. (Anuario del IEHS. Suplemento 1).
- MANDRINI, R.J; ORTELLI, S. 1992. *Volver al país de los araucanos. Vida cotidiana*. Buenos Aires, Sudamericana, 242 p.
- MANDRINI, R.J.; PAZ, C.D. (eds.). 2003. *Las fronteras hispanocriollas del mundo indígena latinoamericano en los siglos XVIII-XIX: Un estudio comparativo*. Tandil, CEHIR/IEHS/UNS, 595 p.
- MANDRINI, R.J.; REGUERA, A. (eds.). 1993. *Huellas en la tierra: Indios, agricultores y hacendados en la pampa bonaerense*. Tandil, IEHS, 355 p.
- MAZZANTI, D.L. 1988. Aspectos económicos de la sociedad indígena bonaerense: Un aporte a los estudios etnohistóricos del borde oriental de las serranías de Tandilia, siglo XVIII. Ponencia presentada en las Primeras Jornadas Inter-Escuelas/Departamentos de Historia. La Plata, Universidad Nacional de La Plata.
- PALERMO, M.A. 1986. Reflexiones sobre el llamado “complejo ecuestre” en la Argentina. *RUNA: Archivo para las Ciencias del Hombre*, **XVI**:157-178.
- PEDROTTA, V. 2005. *Las sociedades indígenas del Centro de la Provincia de Buenos Aires entre los siglos XVI y XIX. La Plata, Argentina*. La Plata, Argentina. Tesis doctoral. Universidad Nacional de la Plata, 553 p.
- SLAVSKY, L.; CERESOLE, G. 1988. Los corrales de piedra de Tandil. *Revista de Antropología*, **3**(4):43-50.
- VARELA, G.; A.M. BISET. 1987. El yacimiento arqueológico de Caepé Malal: Un aporte para la comprensión de la historia indígena del noroeste neuquino en el siglo XVIII. *Boletín del Departamento de Historia, Facultad de Humanidades*, **8**:130-153.
- VIÑAS DE TEJO, M.M.; MAUCO, A.M.; GROSS, E. 1997. Caballos, gualichos y corrales. *Todo Es Historia*, **116**:47-63.